

**Discurso del Senador Adolfo Zaldívar Larraín en la ceremonia de asunción de la
Presidencia del Senado de la República de Chile
Valparaíso, 12 de marzo de 2008.**

Se avecina un nuevo ordenamiento político en el país.

Señores Senadores; ex Presidentes del Senado don Sergio Romero, don Hernán Larraín, don Eduardo Frei; señora Senadora doña Soledad Alvear; señora Senadora doña Evelyn Matthei; Senadores; querida Alicia; queridos hijos; queridos hermanos; amigos; amigas, compatriotas todos:

Asumo la Presidencia del Senado producto de un acto democrático que es de la esencia de esta Corporación y con plena conciencia de su significado institucional y político, nuestra Cámara Alta, junto con su aporte al Poder Legislativo, es reconocida como una de las instituciones políticas más representativas de nuestra nación.

Ella se ha abierto y consolidado como un espacio de reflexión y de ponderación que con el tiempo ha sido decisiva para la impronta evolutiva y no rupturista de nuestro devenir político.

En consecuencia, siento esta tarde esa enorme responsabilidad y aseguro ante el país que haré mi máximo esfuerzo para cumplir con las obligaciones cívicas y políticas que impone nuestra tradición a quien llega a esta tribuna.

Defenderé con celo los derechos del Senado ante los otros Poderes del Estado, como también demandaré respeto y reconocimiento para todos ustedes, tanto en el plano institucional como frente a la comunidad nacional.

Senadoras y Senadores, atravesamos desde hace años uno de los períodos de mayores cambios en nuestra historia donde nuestra sociedad se debate intensamente por encontrar el camino adecuado para encauzar las exigencias sociales y políticas de sus ciudadanos. No solo hemos tenido una transición política, también hemos tenido un profundo cambio en nuestro quehacer económico y cultural.

Hemos entrado a ser parte de un mundo globalizado no solo en lo económico, sino que en las comunicaciones y en las relaciones de personas, gracias al avance tecnológico sin precedentes en la historia de la humanidad.

Para asumir con éxito este desafío y poder participar en esta nueva realidad mundial sin dejar de ser lo que somos es imprescindible que lo hagamos sin exclusiones. No pueden ser los beneficios solo para unos pocos, sino para todos.

Chile y su gente enfrentan el mayor cambio de su historia. Dejamos de ser un país de término, de los confines del mundo. A esta tierra, a esta tierra nuestra costaba mucho llegar y era casi imposible salir. Ahora podemos ser un país de conexión, haciendo de puente y relación para otros. Cambió nuestro espacio de existencia físico y virtual, dejamos atrás el Chile aislado de Pedro de Valdivia para asumir, casi cinco siglos

después, el desafío de conectividad global que soñara Hernando de Magallanes. Este es otro país, es otro Chile.

Pero, paradójicamente, tenemos que reconocer que aún en nuestra patria existen internamente espacios como la Región de Aisén, a la que tengo el honor y el privilegio de representar, que no tiene conectividad terrestre con el resto del país, que hace que miles de aiseninos sufran este aislamiento físico en pleno siglo XXI, en contraste a toda la modernidad y avance que tiene el resto del país.

Estimados colegas, afirmo que una observación de nuestra realidad da cuenta de que asistimos al término de una etapa y que se inicia una nueva, que las cosas no dan para más, los síntomas son evidentes y se manifiestan en todo orden de situaciones. En efecto, siento que se avecina, producto de este inmenso cambio, un nuevo ordenamiento político en el país, las diferencias que últimamente hemos tenido no son menores, hay un complejo mar de fondo que las explican y da razón de ellas y no son precisamente razones personales las más determinantes.

En este cuadro, por si fuera poco, la desvalorización de la acción política no es algo que ocurra solo entre nosotros, es una reacción a nivel mundial, los ciudadanos quieren mayor participación y la acción de los medios de comunicación les permite fiscalizar con mayor rigor los excesos de los políticos en todo el mundo.

En nuestra realidad, las causas sin duda están también en la dinámica propia de la transición acrecentada por el fenómeno de la globalización, que ha terminado desbordando el cauce político social que existía al día 5 de octubre del año 1988.

En efecto, con el realismo inicial se avanzó, y sin duda fue necesario, pero luego se debió transitar por algo mucho más evolutivo que actualizara, que abriera el accionar de los partidos políticos.

Lamentablemente, se hizo todo lo contrario. y en esto todos tenemos responsabilidad. Los partidos en sus cuerpos directivos se cerraron y se rigidizaron; se aferraron incluso a la lógica del sistema binominal impidiendo las sanas y naturales disidencias internas, aun estando de por medio la libertad de conciencia. En los hechos terminaron negando la expresión y participación de los sectores independientes. Han pretendido monopolizar la actividad política.

En consecuencia, la gente siente que el ambiente está asfixiado. Falta aire. Falta aire fresco para que los ideales y el espíritu nacional vuelvan a inflamarse entre nosotros, sobre todo en los jóvenes e impulsemos un gran movimiento nacional y popular que cambie el rostro de Chile y le dé un sentido noble a la actividad política.

Está praxis política trajo como consecuencia natural que los partidos se alejen de la gente y que esta no se sienta interpretada ni representada por ellos. Por eso es que todos los partidos y los políticos también aparecemos mal calificados.

Toda esta situación de desprestigio se agrava por los hechos de corrupción que hemos ido conociendo y por claros intentos de ocultarlos o acallarlos. También, se agrava por sus defensas corporativas y -cuándo no- por los temerarios llamados de atención a los jueces.

Hay una sensación generalizada que el ejercicio del poder a todo nivel está exento de toda responsabilidad. Esto ha generado un gravísimo daño a la moral pública, de imprevisibles consecuencias. La gente siente que da lo mismo y que por lo tanto, no importa hacer bien o hacer mal las cosas. ¡Para qué preocuparse!

Como consecuencia de todo este cuadro los jóvenes se han alejado de la política. Dos millones y medio de ellos ni siquiera se inscriben. Ya no participan. Cerca del 50 por ciento de la gente no se siente representada. Hay una gran desazón y desconfianza que nos demanda y que nos interpela a actuar.

En cierta forma, permítanme, mi elección es consecuencia y reacción de todo esto. Y lo ha sido porque junto a otros tres Senadores hemos abierto un espacio o, más bien, estamos abriendo un espacio en la política chilena.

Nos atrevimos a dar un salto hacia lo incierto. Hemos ido contra la corriente dejando la seguridad que el sistema nos brinda. Sentimos, sin embargo, gracias a Dios, que la gente ha comprendido y ha valorado lo que hemos hecho.

Cualquiera sea la condición o circunstancia en que los Senadores Bianchi, Cantero, Flores y quien habla adquirimos nuestra calidad independiente hay un hecho sintomático. Y es que las sociedades con igual sabiduría que la naturaleza mutan y buscan la forma de representar lo que está ocurriendo en su seno.

La Presidencia del Senado que hoy asumo es consecuencia en gran medida de habernos abierto a esta nueva realidad, con libertad de espíritu, sin temor, sin mezquindad para actuar de esta forma. No he renunciado ni a lo que pienso ni a lo que soy. Por el contrario, fiel a mis valores y por la más elemental prudencia política, asumo esta nueva realidad.

Francamente, creo que es necesario una corrección profunda a la forma como se han venido haciendo las cosas, no solo en lo económico sino que fundamentalmente en lo político.

Ha llegado el momento de una vez por todas que las decisiones de Estado, esto es, las grandes decisiones sean tomadas con preeminencia de criterios políticos fundados en el bien común de Chile y de su gente.

En el liderazgo de este proceso de cambios se requiere audacia pero también prudencia. Chile no puede volver a equivocarse por segunda vez en su historia, como ya nos ocurrió trágicamente en 1891.

Nadie puede negar el inmenso avance material que hemos tenido en los últimos 23 años. Prácticamente, este es otro país y es justo reconocerlo. Pero la gente en su inmensa mayoría no está contenta. Y hay incertidumbre sobre su futuro. El fuerte crecimiento de los primeros 13 años ya es pasado. Los segundos diez han sido regulares o mediocres. Sin el cobre, estaríamos marcando el paso. Parece mentira, pero esta es la realidad.

Sectores importantes de trabajadores, tanto públicos como privados, no sienten que su aporte sea debidamente reconocido y retribuido. La clase media -¡sí, la clase media!- ha pagado el peso de todo esto; siente que cada vez participa menos.

Siente que cada vez participa menos y es desplazada. No puede ser que la gente trabaje y no progrese. Eso solo causa frustración. El desarrollo económico se basa fundamentalmente en el crecimiento de las grandes empresas. Las medianas y pequeñas empresas ven achicarse sus espacios. Pare remediar esto, es necesario nivelar la cancha. Que el Estado asuma de verdad su rol de promotor y facilitador de la actividad empresarial a todo nivel. ¡No es posible aplicar las mismas normas por igual a las grandes, medianas y pequeñas! El Estado, el Gobierno, nosotros el Congreso Nacional- debe aplicar medidas discriminativamente, a fin de favor de estas últimas. Solo así echaremos las bases de una economía auténticamente social de mercado.

Necesitamos cientos de miles de pequeños empresarios. La crisis social existente es la causa principal de la violencia y la inseguridad ciudadana. Y no podemos seguir cerrando los ojos a esta realidad que golpea a toda la sociedad sin exclusión.

Senadores y Senadoras, créanme que al igual que la mayoría de ustedes solo me mueve el bien común de todos los chilenos. En lo político debiéramos ser capaces de dar con una forma que de una vez por todas nos permita superar las divisiones del pasado. Estoy disponible para contribuir desde aquí a que ello ocurra.

En la cuestión económica, creo que ya hemos ido abriendo caminos a la necesidad de darnos un modelo económico, social y cultural más acorde con los principios humanistas, ético, morales y cristianos que nos inspiran a todos nosotros, según sea nuestra cosmovisión de la vida.

Al concluir, quiero recordar que en el último tiempo con varios de vosotros, con prácticamente de todas las bancadas, hemos venido coincidiendo en proyectos de acuerdo que apuntan en el sentido de corregir la mala distribución del ingreso y la impresentable concentración de la riqueza.

Confío que, con la ayuda de Dios y vuestro apoyo, avanzaremos en estos grandes desafíos que, superados, darán paz, progreso, educación y felicidad a nuestro pueblo.

Muchas gracias.